

# Padre revolucionario, Hijo populista, ¿Nieto Conservador?

• Lorenzo Meyer

**E**s muy frecuente que en política la forma sea parte del contenido.

Como miembro de *Nexos*, no puedo menos que reconocer la singularidad del debate en que nos hemos enfrascado en torno a la crisis mexicana. Creo que entre nosotros es algo muy singular este intercambio público de ideas entre altos funcionarios del gobierno y un grupo donde dominan las voces independientes. Quizá es parte de un nuevo estilo de gobernar. Para algunos este tipo de debate entre el poder y la crítica pudiera ser visto como un error del gobierno. Yo creo que no es el caso; al reconocer a la disidencia y darle una respuesta directa y particular, se le está concediendo una importancia sustantiva. Pero a cambio de eso, el poder deja de estar hablando solo, en el vacío como en gran medida es el caso. Al contar con in-



terlocutores, la política oficial adquiere un poco más de vitalidad, de realidad. Como dijo Reyes Heróles: "lo que resiste, apoya".

La crítica, nos recuerda Miguel Limón, tiene la ventaja sobre aquellos a quienes critica, que está "liberada de la responsabilidad del ejercicio del poder", es decir, que es irresponsable, que es "dilettante". Efectivamente, esa es una de nuestras ventajas por



# cabos sueltos

no decir la única, pero a cambio tenemos que enfrentar obstáculos bastante grandes; entre los muchos privilegios de los poderosos en este país está el de contar con información que le es negada a quienes se encuentran fuera de los altos círculos oficiales. Información fidedigna es poder, y de ese poder está ayuna la opinión independiente. Por otro lado hay que admitir que la responsabilidad de nuestros líderes es bastante relativa: ante sus errores ¿quién puede exigirles cuentas de manera efectiva? ¿Acaso un poder legislativo dominado desde hace buen tiempo por un partido oficial que a su vez responde a la presidencia? ¿Será el poder judicial, sin independencia desde el siglo XIX? ¿O posiblemente los partidos de oposición que cuando más pueden aspirar a diputados y alcaldías?

Si realmente el poder en México fuera responsable, es decir, si pudiera ser llamado por la sociedad civil a *responder* en relación a acciones políticas fundamentales, entonces quizá la crisis que ahora ocupa nuestra atención no se hubiera presentado. Es obvio que uno de los más graves problemas estructurales de nuestro sistema político lo constituye precisamente el hecho de que carece de mecanismos de autocorrección que le permitan detener los errores de sus dirigentes cuando aún hay tiempo para enmendarlos. Si en nuestro sistema hubiera forma de tomar en cuenta aquellos "irresponsables" que pusieron en duda la política del boom petrolero —por sólo citar uno de los casos más obvios—, entonces quizá no nos hubiéramos visto arrojados a esa loca carrera de endeudamiento externo que nos condujo a acumular, con poco sentido, una de las deudas más grandes de la historia económica mundial. Y ejemplos de este tipo hay más de los que uno quisiera. Definitivamente, no le sienta a nuestros funcionarios hablar de "responsabilidad" e "irresponsabilidad", pues están arrojando piedras viviendo en casa de cristal.

Pasemos ahora a lo que pa-

rece ser la sustancia de las respuestas de los señores subsecretarios a sus críticos: la naturaleza del proyecto político. Consideran incorrecto e injusto que se diga que la actual administración carece de un proyecto político. El proyecto, nos dicen, sí existe y tiene como marco o "modelo" a la constitución. Esperemos que efectivamente así sea, pero se ha de admitir que este modelo ha operado desde sus inicios en una atmósfera de irrealidad. Las verdaderas reglas del juego político mexicano no han sido siempre los preceptos constitucionales, es decir, cosas como la división de poderes, el federalismo, el respeto al voto o a los derechos individuales, etc. Por lo tanto espero que se nos disculpe a muchos mexicanos si ahora nos encontramos un poco dudosos respecto a cuál es el modelo dentro del que se enmarca el proyecto específico de este gobierno.

Conviene abordar ahora el tema del proyecto mismo. Varios de los señores subsecretarios afirman que el proyecto que están poniendo en marcha no sólo existe sino que es resultado de múltiples consultas populares hechas durante la campaña presidencial o previas a la elaboración del Plan Nacional de Desarrollo (PND). De nueva cuenta, se trata de un planteamiento muy general y que no nos dice cómo va a reaccionar el gobierno ante problemas específicos. Las consultas populares en sus varios formatos y etapas fueron básicamente un arreglo "desde arriba", un diálogo en la cúpula, el mexicano común y corriente estuvo tan alejado de ellas como de todo el proceso de toma de decisiones. (Digo esto basado, entre otras cosas en mi propia experiencia personal puesto que marginalmente participé en una de las consultas que precedieron a la presentación del PND). Obviamente este tipo de consulta no puede ser la base sustantiva del actual proyecto político. En mi opinión, la base real de tal proyecto es simplemente la necesidad de conservar la esencia del siste-

ma frente a las demandas más graves surgidas de la crisis económica.

No se debe culpar a mis colegas si en el número anterior de esta revista se atrevieron a sugerir que "no había proyecto"; era simplemente una manera de subrayar la distancia que a sus ojos hay entre los enunciados generales del gobierno y sus acciones concretas; distancia que, por otra parte, siempre se ha presentado en la historia política mexicana. Pero tienen razón los señores subsecretarios: proyecto sí lo hay aunque éste se encuentra menos en los documentos elaborados en las oficinas gubernamentales y más en los hechos concretos.

Como en la crisis de 1929 a



1933 el proyecto actual es conservador, posiblemente porque no hay otra alternativa "responsable" si se quieren mantener las variables centrales de nuestro sistema económico y social. Lo verdaderamente difícil de este proyecto, es que desafortunadamente el gobierno no tiene mucho control, por no decir ninguno, sobre ciertas fuerzas que afectan el diario vivir de la mayoría de los mexicanos. En efecto, nuestras autoridades sólo pueden reaccionar pero no influir frente a cambios en el precio mundial de nuestra principal exportación: los hidrocarburos. Como en tiempos que creíamos idos nuestras ventas al exterior dependen de un solo producto, que para colmo es un recurso natural no renovable. Tampoco pueden hacer gran cosa en relación a los cambios en la tasa de interés prevaleciente en el mercado de capitales de Londres —cada punto que ésta suba o baje significa ochocientos millones de dólares que pagamos o nos ahorramos—. Finalmente México poco puede hacer na-

da para reactivar la economía mundial o para influir en el ánimo de los grandes bancos mundiales de tal manera que podamos renegociar nuestra deuda externa o adquirir nuevos empréstitos en términos favorables. Es sólo en asuntos realmente internos donde nuestros gobernantes parecen tener más control por lo menos hasta ahora. Me refiero a la disminución drástica de nuestras importaciones, al control de la salida de capitales, a la disminución del gasto público, y desde luego al control de los aumentos salariales a través del movimiento obrero oficial.

Es esta necesidad de forzar y mantener una contracción de los salarios reales y de los subsidios como forma de combatir la inflación, lo que ha llevado a nuestros gobernantes a renegar en un plano un tanto filosófico del antiguo populismo, política muy favorecida por los gobiernos revolucionarios e institucionalizada por Cárdenas. En realidad el populismo ha sido el camino por el cual el nuevo régimen se ha acercado a lo popular y ha sido el instrumento que le permitió mantener el control autoritario sobre nuestra vida política sin necesidad de llegar, más que de tarde en tarde, a la represión y a la exclusión. Esta situación ha contrastado con la de muchos países de América Latina, que por carecer de la rica experiencia histórica que nos legó la revolución mexicana, no cuentan con un partido oficial y dominante basado en organizaciones de masas que les permita hacer un uso menos directo de la fuerza. El proyecto actual consiste, en buena medida, en echar por la borda y sin mucha ceremonia al viejo populismo, valga decir, al viejo PRI y al viejo tipo de estabilidad.

Sin el populismo ¿cuál es la base social en la que se puede sostener el nuevo proyecto? Por el momento su viabilidad se encuentra en el mantenimiento de la inercia social, y a corto plazo no importa mucho la base social que se escoja, que en cualquier caso tendrá que ser más reducida que la anterior. Por más de sesenta años no ha existido entre nosotros una verdadera

pasa a la pág. 37 ▶



# cabos sueltos

empleo? Sobre este programa se habla mucho, pero no hay información precisa al respecto.

Tal vez se logre en un futuro próximo un ritmo inflacionario menos desahogado, pero ello será posible, si uno se atiene al curso actual de las medidas oficiales, a costa de la inversión pública y el gasto social, así como de una menor participación del salario en el producto total. Nadie puede pretender que una administración cuyas labores comienzan en un momento de desplome, pueda revertir el proceso a unos cuantos meses de su instalación. Pero sí debe exigirse que las metas de corto plazo apunten hacia un esquema de relaciones sociales despojadas de los vicios del que desató tal desplome. Si en verdad se trata de una crisis estructural, su origen está en la configuración misma de las relaciones sociales construidas en nuestro país y en la forma como éste se inserta en los engranajes del capitalismo internacional, no en los errores de tal o cual política económica o en los excesos de la corrupción. Sin duda tienen algún peso esos errores y corrupción, pero sólo en tanto agravantes de un problema que tiene raíces más profundas.

Una política para la crisis sólo merece ese nombre si se propone la reestructuración del esquema de relaciones sociales y de los mecanismos de inserción de la economía mexicana en el sistema mundial, es decir, si se apoya en un *proyecto nacional* que abra nuevas perspectivas de vida para todos los mexicanos. Ello significa una política agraria que, de una vez por todas, se plantee algo más que seguir sobrellevando la agonía del sistema ejidal, una política de industrialización que no prescinda del mercado interno potencial. Un país petroexportador en el que entran alrededor de 15 mil millones de dólares anuales por venta de hidrocarburos no debiera tener dificultades en el sector externo. Esas divisas (volatilizadas hoy por el servicio de la deuda) bastarían para integrar la planta industrial e impulsar procesos

productivos orientados al mercado interno que permitirían un desarrollo endógeno y autosostenido. Colocar las inversiones extranjeras y las exportaciones en el centro de una estrategia anti-crisis equivale a sustituir el proyecto nacional por el despliegue de la integración excluyente.

Ahora bien, una reestructuración del sistema de relaciones sociales no podrá ser resultado de la iniciativa gubernamental, sino del esfuerzo concertado de todos los grupos sociales. Lo más alarmante de la situación que vive el país es el desconcierto y

confusión que parecen recorrer la sociedad de arriba abajo. Los organismos de masas encuadrados en el partido oficial están casi borrados por una parálisis que impide formular augurios optimistas. Los sectores medios han sido llevados a un antigubernismo ramplón, como lo muestra el auge de la derecha panista no obstante carecer de un proyecto político propio. La izquierda organizada no logra articular una alternativa popular y a veces se guía más por la *lógica del enfrentamiento* que por una táctica capaz de ampliar su capacidad de convocatoria y marco de influencia. No puede subestimarse el peligro de que la crisis desemboque en mayor desintegración social. ✕

## En el Campo, la Asfixia Burocrática

• Fernando Rello

**L**a crisis actual no es sectorial ni coyuntural. Es global y representa una quiebra en el modelo de desarrollo. Sin embargo, es importante disponer de diagnósticos sectoriales que contribuyan a una comprensión más precisa de sus mecanismos y alcances. Entre ellos el del sector agroalimentario tiene una importancia especial. Todavía la agricultura concentra una parte importante de la población y, sobre todo, de la población con mayores índices de pobreza y marginación. El sector productor de alimentos emplea a una parte significativa de la fuerza de trabajo total (53%). Desde un punto de vista prospectivo, este sector es un elemento clave de un proyecto de desarrollo alternativo, a partir del cual es posible iniciar la ruptura definitiva del círculo del subdesarrollo.

La crisis alimentaria no consiste en que la producción crezca de manera insuficiente —la recuperación de las tasas históricas de crecimiento de los alimentos es un elemento necesario, pero no suficiente para eliminarla—, sino en que no será posible sa-



tisfacer una demanda popular básica (alimentos para comer mejor) dentro del modelo alimentario vigente y mediante las políticas y concepciones tradicionales.

Cálculos de COPLAMAR indican que si aspiramos a que la creciente población mexicana no vea deteriorada en el futuro su deficiente ingesta de alimentos, la producción agropecuaria tendrá que recuperar sus altas tasas de crecimiento. Si la meta es llegar a la dieta mínima que recomienda la FAO, la producción deberá crecer más rápidamente que las tasas históricas y, sobre todo, llegar a manos de los desnutridos, lo que implica cambios de fondo en